



# Crónica Literaria

Por ALONE

## DEMONIO Y PSIQUIATRIA

por el Dr. Armando Roa  
(Edit. A. Bello, 1994 II)

Allá por los años 1922, cuando empezaron a difundirse entre nosotros, no sin escándalo, las teorías de Freud que, todas, por un lado u otro, iban a parar al seno, al complejo de Edipo y sus abominaciones (tanto que Omer Emeth, cansado de las preguntas, respondió un día en el *Averiguador Universal* que "no contestaba más las porquerías de Edipo") recuerdo que Carlos Dávila me encargó para *La Nación* dos reportajes, uno al Dr. D. Augusto Orrego Luco y otro al Dr. Lea Plaza para tener dos opiniones distintas y autorizadas sobre el mismo asunto.

No las recuerdo naturalmente en detalle; pero sí que la opinión del segundo fue amplia y comprensiva y que el primero las rechazó casi en los términos del propio D. Emilio. Tampoco le gustaban "las porquerías de Edipo".

Y la verdad es que, entre la gente mundana y semiculta, Freud servía mucho para hablar con decencia de cosas importantes y que el criterio en esa materia se ampliaba ya en dirección a "Los Estados Intersexuales" de Marañón y puntos de vista muy distintos.

En la obra del Dr. Roa encontramos, como parte principal del libro, una vasta información y una apología enciclopédica del hombre extraordinario, del sabio y del humanista que Orrego Luco fue y el papel que desempeñó en la aparición de la conciencia científica en Chile.

Nosotros le conocíamos y admirábamos ya como escritor y aun le hablamos tratado personalmente en casa de Iris, quien profesaba por él un verdadero culto, pues era en sociedad un seductor dotado de especiales condiciones, las mismas que le dieron un sitio eminente en la actividad política y hacían encantadora su palabra escrita. Nosotros nos sabíamos de memoria tramos enteros de su discurso de introducción a la Academia Chilena de la Lengua donde dibuja un retrato inolvidable de su antecesor, don Ramón Sotomayor Valdés.

El capítulo III que aquí le consagra el Dr. Roa (págs. 88-130) bastaría para formar sobre él un libro medular en la historia de nuestra medicina; está nutrido de apasionantes curiosidades, tan notables algunas como las que dieron vida más tarde a la famosa "Casa Grande" de su hermano don Luis.

Por las venas de la familia corría con abundancia sangre literaria.

Pero, sin duda, su florecimiento máximo debe buscarse en la vasta y múltiple personalidad del Doctor, uno de esos hombres que se adelantaban a su época y sirven más tarde al historiador para medir los avances de la cultura.

El Doctor Roa empieza por ubicarlo:

"Después de Bello y Lastarria —dice Orrego Luco— es tal vez la figura intelectual chilena de mayor universalidad del siglo XIX. Neuropsiquiatra, psicólogo, historiador, político, periodista, dejó en todos esos campos profundas huellas de alcance histórico. Iniciaremos el estudio por su mundo preferido, el de las ciencias médicas".

Reconoce que no fue un innovador en el sentido de Charcot, Janet, Freud o Hurling Jackson (1), sino un benévolo y sabio introductor de una ciencia recién brotada en Europa, en el medio médico nuestro, que todavía hoy guarda ciertos recelos en su contra y a la cual, aún en los tiempos en que yo estudiaba, se le suponía la vía regia de los inaptos para la verdadera medicina".

Se ve que el Doctor tuvo que empezar luchando contra la corriente.

Ahora, gracias a sus lecciones, a las que, según sus discípulos, sabía dar un encanto especial con su voz pausada, a ratos inaudible, en medio de largos silencios expectantes que llevaban a una especie de paroxismo la atención al brotar el enunciado de sus tesis, interrogantes y teorías.

Un buen profesor necesita ser buen orador y éste, a su turno, un poco hombre de teatro.

De ese modo se cambia la historia y se la disamina. Los alumnos del Dr. Orrego no olvidarán sus clases y es así cómo ahora alrededor suyo se pueden citar maestros tan distinguidos como el grupo que forman médicos de la categoría de Luco, Lea Plaza y Brinck y más tarde hallan una amable propina y despiden esos favorables un García Guerrero, un Vicente Izquierdo, un Eduardo Cruz-Coba y un Carlos Charán, que podemos exhibir con orgullo en América.

Retrocediendo un poco, en los "Recuerdos de la Escuela" de Orrego Luco, hallamos a sus predecesores y la conmovedora pobreza de recursos con que trabajaban. "Un hornillo, unas cuantas matraces y morteros, una cubeta de mercurio y una balanza, eso era el laboratorio en que Domeyko estudió toda la mineralogía de Chile, ensayó todos nuestros metales y buscó los medios de hacer su exploración; una mesa, unas tijeras, algunos pliegos de papel de estraza, eso era el laboratorio en que Philippi dio a conocer nuestra botánica; Rustillos analizaba nuestras plantas medicinales en la trastienda de una botica; muy poco más que un estuche de bolsillo era todo el arsenal con que Bazile y Aguirre hacían toda la cirugía de aquel tiempo".

Conviene destacar estos hechos y tener presente ese cuadro ahora que necesitamos acudir a todo el fondo de sobriedad y espíritu de sacrificio de la raza, no sólo en el medio científico. Hay algo profunda y honrosamente chileno en esa tradición de la pobreza de los recursos y la magnitud de los resultados, tal como se puso de relieve, no debemos olvidarla, el año de la guerra del Pacífico.

Evocando la memoria de sus maestros, el doctor Orrego Luco cuenta una anécdota significativa. Siempre conservó mucha admiración por don Victorino Lastarria y en la colección de sus retratos lo describe haciendo notar que acostumbraba hacer sus clases pasándose, pues "don Victorino —dice— tenía como Rousseau el hábito de pensar y componer pasándose, como si el movimiento favoreciera la actividad de su cerebro y tal vez esa manera de elaborar sus períodos debió en cierto modo contribuir al acompañado ritmo de su estilo, a la armonía y cadencia de sus frases". Todo ese trozo de su semblanza vale la pena de citarse; pero nos reduciremos al fin. Como a Lastarria le preocupaba mucho la forma, para que Orrego Luco aprendiera a escribir correctamente, le regaló ¿qué creen Uds.? "La Imitación de Cristo".

Justamente, lo que más necesitaba no solamente él sino también su discípulo que, como fundador de la psiquiatría en Chile debía librar batalla con el Demonio.

La historia de esta batalla o, mejor, de sus resonantes comienzos a mediados del siglo bajo la presidencia de don Manuel Montt, casi podríamos decir que forma el objeto principal de esta obra, en todo caso, la materia a que el doctor Roa dedica mayor espacio es la figura de Carmen María o "La Endemoniada de Santiago", que empieza en la página 133 y llega hasta la 324, o sea, hasta el final del libro.

Aquí ya no bastaría una segunda ni una tercera crónica para reseñar someramente siquiera la multitud de sucesos sensacionales que el doctor Roa hace desfilar ante los ojos del lector gracias al precioso apéndice que llegó a sus manos, pese a las arides de su protagonista diabólico. Todo lo que atrae ahora al mundo en materia de embrujamientos, maldiciones, exorcismos y batalla con el señor de las tinieblas se encarna en el cuerpo de la pobre Carmen María, joven modesta e inmaculable que vivió de campo de batalla a las potencias infernales con las potencias eclesiásticas. Léase, por ejemplo, el capítulo XVIII y díjase si no están reunidos allí y como preparados expresamente los elementos para una película de misterio, tanto por los ataques convulsivos de que padece la joven presa del demonio como la serie de personajes, doctores y eclesiásticos que intervienen, cada cual con su punto de vista y su tesis... Exactamente lo mismo que hoy. En "El Histerismo de la Endemoniada y el Diablo Emuncado", tal es su título, el doctor Roa ha hundido hasta el fondo su hábil investigador y casi no hay problema de actualidad que no encuentre allí su raíz o su equivalente. En él que sigue, "La Fracturación de la Personalidad y el cambio del Yo-mismo" se abordan cuestiones que sólo ahora último han venido a plantearse. Incluso, en una ocasión, página 498, el autor relata minuciosamente un suceso alocinatorio que tuvo el mismo, convirtiéndose de analista en analizado de una manera tan gráfica que nada tendría que envidiarle el mejor novelista. Por lo demás, en una oportunidad anterior a ésta, el doctor Roa acude a una novela del folletista Pacheco que le sirve admirablemente. Es como que su estudio junta el interés de la ciencia al de la fantasía y constituye una lectura tan interesante como instructiva.

(1) Rectificación a una frase de nuestra anterior crónica sobre este mismo punto. Mea culpa.

**Kafka para el siglo XXI [artículo] Alberto Manguel.**

## **AUTORÍA**

Manguel, Alberto

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

2004

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Kafka para el siglo XXI [artículo] Alberto Manguel.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile